



INVERNAL

—

Está gimiendo el aire; no te asomes,
Es que llega el invierno;
El opaco cristal de la ventana
Se estremece por eso.
No te asomes; están todos los campos
Por la nieve cubiertos;
Los árboles desnudos se dibujan
Sobre el brumoso cielo.
La tarde va á morir; están las ramas
Temblando por el cierzo,
Las hojas sepultadas en la nieve
Y los nidos desiertos.....
Por más que tengas fijas las pupilas
En el recto sendero,
No has de ver caminantes que se acerquen
Como unos puntos negros.
Ven, abrázame, inclina tu cabeza
Sobre mi amante pecho;
Cierra los ojos, piensa en mi cariño
Y después..... dame un beso.
El oro de tus trenzas enrojece
El incitante fuego

Del tronco que arde en blanca chimenea
Y simula un incendio.
En la caliente alcoba nos espera
El ángel de los sueños;
En el campo se encuentra la tristeza,
Y la dicha aquí dentro.....

**

Cuando pasen los años, y te halles
Sola en este aposento,
Y tu espíritu triste esté de luto,
Y de luto tu cuerpo;
Cuando estés abstraída, y silenciosa,
Y llena de recuerdos;
Para decirlo todo en una frase:
Cuando yo me haya muerto,
Si llega, como hoy, tan melancólico
El aterido invierno,
Abre violenta la ventana, y mira
El campo, el monte, el cielo.
Reza por mí; recuerda que tú eras
El culto de mi pecho,
Y lámpara encendida ante tus gracias
Era mi pensamiento.
Verás entonces en la espesa niebla
La cruz de un cementerio;
Te fingirás que viene un caminante
Por el recto sendero;
Crearás que es sudario desgarrado
La alfombra de los hielos;
Sabrás porqué la rama está desnuda
Y los nidos desiertos:

Has de oír el rumor de la amarilla
Hoja, que arrastra el viento,
Como las notas graves y vibrantes
Del órgano en el templo.....
Entonces, dulce nombre de mi dicha,
Como solo consuelo,
Una voz de ultratumba ha de llamarte,
De lejos, de muy lejos.
Y has de sentir, alzando en tu memoria
Las dichas de este tiempo,
Sobre tu frente helada y pensativa
El fuego inextinguible de mis besos!



CASTA

No rujen tempestades en mi cielo,
Pues la pasión en que mi sér se agita,
No es, llena de esperanza y de consuelo,
El amor de Desdémona y Otelo,
Sino el amor de Fausto y Margarita.

×

Cubre el pudor mis cándidos amores;
Y si á mi diosa pálida, contemplo,
Siento, al mirar sus ojos seductores,
Lo que el creyente al deshojar sus flores
Sobre los blancos mármoles del templo.

×

Mi existencia es tranquila, y soy dichoso;
Nuestra feliz unión está bendita;
En el risueño hogar todo es reposo.....
No ríe Mefistófeles gozoso
Cuando se abrazan Fausto y Margarita!





(VOCES INTIMAS)

Amor, divino Amor, ¿serás extraño
Al de mi vida, doloroso enredo?
—En tí se ha refugiado el Desengaño,
Y acorrerte no puedo.

×

Fe, bienhechora Fe, ¿porqué te fuiste.
Dejándome en las sombras?
—Aparta; que la duda te reviste;
Me manchas si me nombras.

×

Esperanza, ¿te vas?..... En la ruina
Aun cuelga el nido tierno.....
—Así también se vá la golondrina
Cuando llega el invierno.

×

—Es cierto, así se va: ¡vanos empeños!
Llamo á Dios, y se esconde;
Llamo también á los perdidos sueños
Y nadie me responde.

×

¡Ah!... Pero en fin, ante mi paso incierto
No brotará el Olvido,
En las negras arenas del desierto
Manantial escondido?

×

—No he de apagar la sed de tus ardores;
Levanta, peregrino,
Tu carga de recuerdos y dolores,
..... Y sigue tu camino!





HADA

En un album.

En las leyendas famosas
De los años infantiles,
Do surgen niñas gentiles
Del pétalo de las rosas;
Donde azules mariposas
Truécanse en corte real,
Y en que, como en un fanal,
En la torre alta y lejana,
Hila una hechicera anciana
En su rueca de cristal.

x

Allí, donde lo divino
Brotó de la maravilla,
Y hay un palacio en que brilla
La lámpara de Aladino;
Un misterioso camino
Que deja brillante rastro,
Como el reflejo de un astro,
De alcázares transparentes,
Frescos jardines, y fuentes
De mármol y de alabastro.

x

Allí, donde se presenta
Bajo una luz argentada,
La Caperuza encarnada
O el chapín de Cenicienta:
Mágica historia que cuenta
Grandes luchas, grandes viajes,
Y que con lucientes trajes
Viste imposibles proezas
De encantadoras princesas
Y de enamorados pajes;

x

Allí las he visto; aladas,
Nebulosas, peregrinas,
En las penumbras divinas
De las cosas encantadas.
Genios misteriosos, hadas
Que dibujan en la bruma
El castillo que se esfuma
En los oscuros confines,
Y se cubre de jardines
Como las ondas de espuma.

*
* *

Esos delirios de niño
Al verte se despertaron,
Y estos versos me inspiraron
Sin belleza y sin aliño.

Mas tu blancura de armiño
Que coloran los sonrojos,
Tus fragantes labios rojos,
La fosforescencia extraña
De tu dorada pestaña
Sobre el azul de tus ojos,

×

Exaltan mi fantasía
Que rompe lindes reales,
Y se hunde en ideales
Abismos de poesía.
Entonces, la lira mía
Bajo mis manos crispadas,
Canta tus dulces miradas,
Creyéndote misterioso
Genio, que huyó vaporoso
De los Cuentos de las Hadas.



(DE UN POEMA)

Hay un papel entre mis versos, mudo
cómplice del recuerdo que me exalta;
lo abro temblando, á la memoria ayudo,
y en el silencio de mi hogar desnudo
me pongo á meditar sobre tu falta.

* * *

Mi espíritu despierto emprende el viaje,
y libre del afán que lo consume,
vuela al pasado para ver tu traje
besar su falda de crujiente encaje
y embriagarse otra vez con su perfume.

* * *

El labio tiembla entonces y te nombra,
y vuelvo á verme en la risueña estancia;
las cortinas de tul, la roja alfombra,
y derramando entre la grata sombra,
mi regalo de flores su fragancia.

* * *

El piano abierto; en el atril alguna
romanza que cantaste en la mañana;
el tibio ambiente que á la luz se aduna,
y el tembloroso rayo de la luna
prendido en el cristal de la ventana.

* * *

¡Qué viento de armonías celestiales,
de músicas y besos, suena en torno?
De mi lámpara, en grupos desiguales,
asciende el humo en blancas espirales
y dibuja en la sombra tu contorno.

* * *

Allí estás, sueño mío! No te escondas
que ya mis ilusiones vuelan francas,
del pecho surgen en lumíneas ondas
tal como surgen de las verdes frondas
ebrias de miel las mariposas blancas!....

* * *

No te escondas, que ya mis alegrías
son flores que abren el marchito broche;
derrama luz sobre las sombras mías,
y déjame decir como Tobías:
hay un ángel en medio de mi noche!



PERLAS

A Ignacio M. Luchicht.

Como al fondo del mar baja
el buzo en busca de perlas,
la inspiración baja á veces
al fondo de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y en cada uno de mis versos
viven, con vida siniestra,
mis deseos, mis temores,
mis dudas y mis creencias.
¡Qué mucho que yo los ame!
¡Qué mucho que yo los lea,
si son hojas arrancadas
al libro de mi existencia!
Cuando en mi oscura memoria
la frase brillando queda,
como en un girón de nube
el reflejo de una estrella,
es porque bajó tan hondo
la inspiración á cojerla,
que en esa frase palpita
el corazón del poeta.

Siempre que á soñar me pongo
encantadoras quimeras,
imposibles ideales,
séres de extraña belleza
que habitan en luminosas
arquitecturas aéreas;
formas que flotan aisladas,
y diáfanas, y serenas,
como los ángeles blancos
de la Divina Comedia,
la realidad de la vida,
inflexible, me despierta,
y quedo confuso y triste
sintiendo angustias supremas,
como esas aves que huyen
en busca de primavera
y en alta mar las sorprende
el furor de la tormenta.
Entonces escribo, escribo
con una ternura inmensa,
que sólo cuando hago versos
el alma llora y se queja,
y la inspiración se hunde
en el mar de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y sin embargo, en el fondo,
cuántos dolores se quedan
sin expresión, tan intensos
que no caben en la idea,
porque son, deseos vagos,
aspiraciones inmensas,
alas que exploran espacios,

sueños de cosas eternas,
nostalgias de extraños mundos,
citas de lo que no llega.....
La inspiración es un buzo
que no ha pescado esas perlas!





CARTA

A una ausente.

Ante mí, peregrino sin nombre
en la senda fatal de la vida,
que no tiene vigor sobrehumano
ni se rinde de angustia ó fatiga,
que no escala atrevido las cumbres,
que no está del abismo á la orilla,
y cual ola de inquieto oceano
confundido entre todos camina;
ante mí, que si ayer tuve alas
hoy las llevo arrastrando y heridas,
y ni hundo mi frente en los cielos
ni sepulto en el fango mi lira;
ante mí—un crepúsculo débil
que no anuncia la noche ni el día,
ante mí, ni demonio ni ángel,
tú no debes caer de rodillas!

×

Yo te he visto, vestida de blanco,
en el templo, cuando eras muy niña,
derramar la pureza de tu alma
en las hojas de un libro de misa;

rodeada de nubes de incienso,
con no sé que inefable delicia
escuchando las notas del órgano
que dolientes y graves gemían,
yo te he visto en la gradas de mármol
del altar de la virgen María,
con la angélica faz sonriente;
y allí estabas muy bien de rodillas.

×

Cuando ya fuiste joven, yo era
tu lector en las horas tranquilas
en que el pálido sol, en los brazos
de la tarde se arroja y espira.
Una vez—tú también lo recuerdas—
mientras yo, fervoroso, leía
aquel libro tan casto que cuenta
los amores de Pablo y Virginia,
tú escuchabas el triste relato
con profunda atención, conmovida,
reclinada en el húmedo alfeizar
de la angosta ventana en ruinas;
suspendí la lectura de pronto
para verte, y te hallé pensativa,
en profundos misterios absorta,
como aquel que muy hondo medita.
¿De qué hablamos? ¿Yo sé que corriste,
como ave que va fugitiva,
á ocultar tu emoción, y recuerdo
que te allé en el jardín escondida.
Destrenzado el cabello de oro
en tu virgen regazo caía,

con reflejos de piedras preciosas
irradiaban tus negras pupilas,
y á la vez que palabras oscuras
en voz baja y temblando decías,
con tus dedos de nácar y rosa
te pusiste á cortar margaritas.
¡Qué momentos! El sol en Ocaso,
trasparente la atmósfera y limpia,
y las nubes con tintes violetas
imitando acuarelas marinas!.....
Encuadrada en un marco de flores
allí estabas risueña y tranquila:
no te he visto jamás tan hermosa
como en esa ocasión, de rodillas!

X

Y una noche, la noche más lúgubre,
la primera quizá de tu vida
en que no pudo darte ni un beso
en la frente tu madre bendita:
esa noche en que más he sufrido,
en que el alma salió más herida,
fué tu noche primera de huérfana
larga, negra, profunda, tristísima.....
Yo velaba en la alcoba el cadáver,
sumergido en la calma infinita
de ese trágico y hondo silencio
de la muerte. Su luz amarilla
los blandones en torno de lecho,
sobre el negro ataúd difundían.
¡Oh contraste! En la abierta ventana
claridades de luna que brillan

y en la alfombra proyectan un cuadro
de luz blanca que triste ilumina;
y en el fin de la estancia, la puerta
que en la sombra más densa se abría:
por allí penetraste, ceñuda,
silenciosa, sin lágrimas, lívida.
Te acercaste temblando hasta el féretro,
se inclinó tu cabeza sombría:
¡navegaba tu alma en los mares
del dolor, que no tienen orillas!
Y después, levantando la frente,
en los cielos clavaste la vista,
te ahogaron sollozos y lágrimas
y caiste por fin de rodillas!

*
*
*

Ya lo ves; tu también te prosternas
en la senda fatal de la vida,
y de hinojos recibes dolores
y recibes también alegrías.
Ya lo ves; eres buena; en tu alma
algo grande y divino se agita,
cuando el ala del mal te hace daño
cuando el ala del bien te acaricia
¿Qué pretendes?..... Yo soy peregrino
que callado entre todos camina;
ante mí, ni demonio ni ángel,
tú no debes caer de rodillas!





(A SOLAS)

A Ignacio Ojeda Verduzco.

Yo soy muy pobre, pero un tesoro
Guardo en el fondo de mi baul:
Una cajita color de oro
Que ata un brillante listón azul.
La abro ¿qué tiene?... Hojas de rosas,
Secas reliquias de un viejo amor,
Alas sin polvo, de mariposas,
Mirtos, gardenias y tuberosas;
¡Muchos recuerdos en cada flor!

×

El amuleto que ató á mi cuello
Mi santa madre cuando marché;
El blondo rizo de aquel cabello
Que tantas veces acaricié.
¡Cómo me alegra la fecha escrita
En esta opaca cruz de marfil!
¡Ah, virgen mía, mi virgencita,
Aquí conservo la margarita
Que deshojaste pensando en mí!

— 60 —

×

¡Cuántos recuerdos de lo pasado!
¡Cuántas escenas miro volver!
Me siento bueno y enamorado,
Me siento todo lo que era ayer.
Veo mis bosques y mis colinas,
Mi triste pueblo, mi pobre hogar,
Y hasta el enjambre de golondrinas
Que hizo sus nidos en las ruinas
De la parroquia de mi lugar!

×

Si alguna oculta pena me agobia
Leo las cartas que guardo allí;
Las de mi madre, las de mi novia;
Dos almas buenas que ya perdí.
Sus torpes lazos mi fe desata,
Y entonces oigo—¡dulce ilusión!
Cantos de ángel, música grata,
Suaves preludios de serenata,
Ruido de alas en mi balcón!

×

Mientras su duro rigor no ablande
La suerte impía, negra y fatal,
Yo no conozco dicha más grande
Que la que siento con recordar.
Ser consolado: ¡qué gran anhelo!
Entre tinieblas soñar con luz,
Pisar abrojos y ver el cielo,

— 61 —

Sentir dolores y hallar consuelo
En las memorias de juventud!

×

Están ya secas las tuberosas
Como está seco mi corazón,
Y desteñidas las mariposas
Como las alas de la ilusión.
Y sin embargo, sonrío y lloro
Si miro el fondo de mi baul,
Y allí contemplo mi gran tesoro:
Una cajita color de oro
Que ata un brillante listón azul.



SIN SOMBRAS

—
A Francisco de Garay.

La noche no es triste, si el cielo en que arde
El último rayo que alumbraba la tarde
Conserva los vivos reflejos del sol:
La noche, con astros lucientes y blancos,
No es triste si llega prendiendo en los flancos
De agreste montaña su azul pabellón.

×

Si esconde el ocaso su cinta escarlata,
Si flotan las nubes con orlas de plata,
Si brilla la nieve del alto volcán;
Si todo se cubre con diáfano velo
Que es luz en el astro, cambiante en el cielo,
Color en el lirio, y estela en el mar.

×

No es triste la noche, cuajada de estrellas;
No es triste, si el aire, fingiendo querellas,
Inclina los juncos y arranca un rumor;
Si nace el misterio, si surge el encanto,
Y ocultos exhalan, el ave su canto,
La flor su perfume y el alma su amor!